

# EL LOCO DEL CONGO

José Antonio Ruiz Díez

QUERER PARA CREAR



JOSÉ ANTONIO RUIZ DÍEZ

QUERER PARA CREAR

**m̄r**

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© José Antonio Ruiz Díez, 2020

© Mediaset España Comunicación, S. A., 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Martínez Roca es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 08034 Barcelona

[www.mrediciones.com](http://www.mrediciones.com)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-270-4692-4

Depósito legal: B. 2.640-2020

Preimpresión: Safekat, S. L.

Impresión: Rodesa, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

# ÍNDICE

QUERIDA MAMÁ .....	11
LAS LOCURAS DE UN LOCO CUERDO .....	23
1. PORQUE VIDA NO HAY MÁS QUE UNA .....	25
2. LAS ETAPAS DE LA VIDA .....	33
3. EL MIEDO .....	41
4. LA FELICIDAD .....	49
5. LA UNIVERSIDAD DEL MUNDO .....	57
6. A REÍRSE, QUE LA VIDA SON DOS DÍAS .....	63
7. LOS PROBLEMAS Y LAS TRISTEZAS .....	69
8. LA INCERTIDUMBRE .....	75
9. ASUMIR EL BARRANCO .....	83
10. DE TODO SE SALE .....	91
11. LOS PROBLEMAS SON RELATIVOS .....	99
12. UNA CUESTIÓN DE OPORTUNIDADES .....	107

13. LA EDUCACIÓN .....	115
14. LA SOLIDARIDAD Y LA INJUSTICIA .....	121
15. LA DETERMINACIÓN .....	129
16. EL RIESGO .....	135
17. EL FRACASO .....	141
18. LA FRUSTRACIÓN .....	145
19. EL SACRIFICIO .....	153
20. EL DINERO .....	161
21. CADA UNO ES DE SU PADRE Y DE SU MADRE .....	167
22. COSTUMBRES Y CURIOSIDADES .....	177
23. LAS PERSONAS .....	191
24. EL RIDÍCULO .....	199
25. A POR TODAS .....	203
EL FUTURO .....	207
REFLEXIONES Y CONCLUSIONES .....	211
AGRADECIMIENTOS .....	217
BANDA SONORA ORIGINAL .....	219

# 1

## PORQUE VIDA NO HAY MÁS QUE UNA

Corría el año 2001 y yo vivía por aquel entonces en Venezuela. Acababa de cumplir veintisiete años y no tenía todas las canas que me están saliendo en las patillas a medida que escribo estas palabras, pero sí una buena mata de pelo en la cocorota —que no es que ahora esté calvo, pero... menudos claros tengo—. La vida me sonreía y todo era chupiguay —expresión dedicada a los más ochenteros—.

Como siempre me han gustado los deportes de riesgo, se me había metido en la cabeza —esa de la mata— hacer un curso de caída libre —*free fall*— que viene a ser un tipo de paracaidismo en el que saltas de un avión, vuelas un rato cayendo como una piedra y cuando llega el momento haces ¡chasca!, y despliegas el paracaídas. Se recomienda hacer el ¡chasca! siempre, ¿eh? Que te puedes hacer mucha pupa —realmente toda la pupa—.

Estaba decidido a hacerlo y me puse en contacto con una escuela de caída libre en Caracas que tenía un curso programa-

do. Cuatro días de pura adrenalina y muchos saltos para sacarme la licencia de... hmmm... ¿caedor libre?, ¿*free-faller*?, ¿chasquero?, ¿chascuno? Bueno, nos quedaremos con paracaidista recreativo.

Esos cuatro días comprendían un fin de semana y el lunes y el martes de carnaval. Éramos un grupo de seis personas y faltaban un par de semanas. Jo, ¡no podía con la emoción! Tenía todo organizado y listo.

Unos días más tarde recibí una llamada de uno de mis mejores amigos, que en aquel momento residía en Panamá, para invitarme a pasar el carnaval allí. Le dije que no, que tenía el curso y que no podía, pero él insistió a golpe de:

—Venga, José, tío, que no sé cuánto tiempo más voy a seguir aquí y lo mismo no hay más oportunidades...

Y de:

—Ya verás qué divertido... el bailoteo, el *ronsito*, las risas, el carnaval en la playa...

Me estaba poniendo los dientes largos, pero yo seguía empecinado en quedarme en Venezuela para tirarme varias veces desde un avión a tres mil quinientos metros de altura. Vamos, lo típico.

Al final, tras darle vueltas durante varios días al tema, Panamá y el bailoteo ganaron la partida. Cancelé todos mis planes a regañadientes y compré un vuelo a Ciudad de Panamá. Total, ya habría tiempo para hacer el curso en otro momento del año.

Junto a Guatemala, Panamá es uno de mis países preferidos de Centroamérica y, en cuanto llegué, comenzó la diversión. Visitamos el famoso canal y fui testigo del brutal despliegue financiero destinado a construir rascacielos. Un bum inmobilia-

rio que ha ido dejando la capital con un *skyline* más propio de una ciudad de los *Unaited Esteits of America*. Más que en Centroamérica parece que estás en Atlanta, ¡increíble!

Allí me compré mi primera cámara de fotos digital. Era un armatoste de tres pares de... circuitos electrónicos, pero yo estaba feliz como una lombriz sacando fotos a todo lo que se movía sin tener que ir a revelarlas después. ¡Guau! Supongo que la misma emoción que sintió mi abuelo —que en paz descanse— cuando compró su primera televisión.

De Ciudad de Panamá nos fuimos a isla Contadora, en el archipiélago de las Perlas. Y allí vivimos el carnaval a tope. Por el día, motos de agua, *snorkel* para ver tiburones, solecito, playita, paseos, comilonas... Por las noches, bailoteos varios, *ron-sitos* cargados, también playita, la procesión de la reina electa del carnaval, muchas risas y memorias que me hacen siempre sonreír.

El tiempo se acabó y, tras tantas emociones, volvimos a la ciudad y cogí mi vuelo de vuelta a Caracas. Todo había sido fantástico; mi amigo, una excelente compañía; la gente allí, maravillosa y, en definitiva, un viaje memorable.

En cuanto llegué a Venezuela lo primero que vino a mi mente fue el curso de caída libre. ¡Tenía que volver a apuntarme! Así que llamé a la escuela de nuevo para mantener, lo que sería, una de las conversaciones más impactantes de mi vida.

YO.—Hola, buenos días, querría saber si ya tenéis fechas para el próximo curso de caída libre.

OPERADORA.—Buenos días, señor, en estos momentos la escuela no se encuentra operativa y realmente no sabemos si habrá o no otro curso algún día.



YO.—¿Por qué? ¿Habéis cerrado?

OPERADORA.—Verá, señor, el asunto es que en el curso que había programado para este pasado carnaval hubo un accidente.

YO.—¿Qué me dice? ¿Qué ha pasado?

OPERADORA.—La avioneta que transportaba a los saltadores que hacían el curso se estrelló en el mar y murieron todos, excepto una persona que no iba a bordo porque había cancelado su asistencia hacía unos días.

En ese momento me recorrió por todo el cuerpo un escalofrío difícil de describir y solo alcancé a articular las siguientes palabras:

YO.—Señorita, esa persona era yo. Siento mucho lo ocurrido. No sé muy bien qué decir...

OPERADORA.—Puede decir que tiene usted mucha suerte de estar vivo.

Pude ver en esos días las noticias de la catástrofe. Todos mis compañeros y el piloto fallecieron en el acto aquel fatídico día mientras yo bailaba ajeno al desastre en el país del istmo. Lo siento, amigos, desde lo más profundo de mi corazón. Descansad en paz. Se me está haciendo un nudo muy grande en la garganta.

Algo así no se te olvida nunca. Gracias, amigo, por aquella llamada. Gracias, Panamá, por salvarme la vida. Gracias a ambos por darme la oportunidad de estar hoy aquí.

\* \* \*

Han pasado ya muchos años de aquel suceso y como con aquella bomba en Yemen, el evento con el narcotraficante mexicano o la pérdida del guante de hace algunas páginas, sa-

ber que un momento concreto puede ser el último de tu existencia te hace pensar mucho. Te vienen muchas preguntas a la cabeza. Preguntas que te hago yo ahora a ti: ¿cuántas vidas tienes?, ¿estás haciendo con ella lo que quieres?

Pero no hace falta sufrir situaciones como estas para ser consciente de que, para todos, cualquier momento puede ser el último. Por otro lado, ya sabes, no te pasa nada en la guerra y vas a comprar una lata de alubias al chino y te cae una teja en la cabeza que te quedas tieso.

Fuera bromas, esto me trae a la memoria a una persona muy especial, Santiago Trancho, quien quiso acompañarme con su cámara al Congo para grabar lo que hoy es *Mzungu, Operación Congo*. Le hacía tanta ilusión, tenía tantas ganas de venir. Él previamente había visitado y grabado en lugares muy difíciles, había corrido riesgos y, un buen día, en un absurdo accidente de moto en la sierra de Madrid, nos dejó. Magnífica persona, generoso y creativo como pocos. Santiago, cómo me habría gustado compartir aquellos meses en el Congo contigo y con el resto del equipo. Créeme que, cada vez que hago pasta y se me pasa, que es como a ti te gustaba cocinada, me acuerdo de ti. A veces incluso dejo que se me pase deliberadamente. Allá donde estés, un fuerte abrazo, amigo.

Con esto no pretendo decir que todo el mundo se tiene que poner una armadura para salir a la calle ni dejar de viajar ni de hacer su vida. Lo que quiero decir es que si de verdad queremos hacer algo, yo no esperaré tanto. Adicionalmente, también es cierto, y seguro que coincides conmigo en esto, que si no luchamos nosotros mismos por lo que queremos, nadie lo va a hacer. Así es la vida.

No sé si te pasa, pero yo, cuando salgo a la calle, casi siempre voy con prisas, muchas prisas. Muchas cosas por hacer y poco tiempo para hacerlas, ¿te suena? Lo que realmente queremos hacer, en la mayoría de las ocasiones, no tiene otra opción que esperar. «Mañana lo haré», «Cuando se pueda», «Ya si eso», «El año que viene si hay suerte»... ¿También te suena?

El día a día nos absorbe y parece que nunca es un buen momento para dedicarle tiempo a nuestros sueños. Por supuesto no pretendo obviar que tenemos obligaciones y responsabilidades, pero sí trato de recalcar que a veces ni siquiera nos sentamos a pensar en lo que deseamos porque vamos con el piloto automático puesto. Y los días pasan, y los meses pasan, y los años pasan. En definitiva, la vida pasa. Y, pues eso, que pasa lo que pasa. Que cuando queremos hacer lo que nos haría felices, puede ser ya muy tarde.

Desde luego tu sueño no tiene por qué ser irte al Congo a construir escuelas, jugándote la vida como hace algún loco. Pero puede ser dar esa vuelta al mundo que siempre quisiste dar, pasando por aquellos países que una vez escribiste en ese papel que aparece cada vez que haces limpieza en el mueble del comedor o escribir aquel libro que empezaste con ilusión hace ya muchos años y que se quedó a mitad de palabra, en medio de una frase, en el tercer párrafo de una hoja de un viejo cuaderno que se encuentra enterrado bajo una pila de carpetas en el trastero.

Cada uno tiene sus sueños, sus deseos, sus metas... No importa lo que piensen los demás de ellos, lo que importa es cómo te haría sentir a ti cumplirlos. Porque, en definitiva, así como

cada uno persigue su propia suerte, cada uno es responsable de su felicidad o, al menos, de esforzarse por ser feliz.

Aquel día en el que me senté en el hielo a reflexionar sobre mi vida y me hice aquella pregunta de si estaba dispuesto a despertarme con noventa años y arrepentirme de no haber hecho lo que realmente quería, también me pregunté cuántas vidas tenía. Y la respuesta la conocemos todos... Solo una. ¡¡Una!! ¡¡¡Que me aspen!!! —expresión de abuelo—. Eso sí, aunque es solo una, tiene lógicamente diferentes etapas.